

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

### Capítulo uno **El mundo de Thad**

Lo primero que Thaddeus Bates oyó esa mañana de primavera de 1884 fue:

—¡Leven anclas, marineros!

Así era como Pa Bates, capitán del *Neptuno*, un barco carguero de vapor con paletas laterales, siempre despertaba a Thaddeus y a su hermana Abigail.

Thad, que estaba acostado en la litera superior, abrió los ojos.

Abigail, en la litera inferior, bostezó.

—Adivina qué soñé —dijo—. Soñé que vivíamos en una casa en tierra firme.

—¿Y por qué soñaste eso? —preguntó Thad.

—No sé. ¿Qué se siente vivir en la tierra?

—Casi no me acuerdo —respondió Thad—. Pa compró el *Neptuno* cuando yo tenía cuatro años —ya había cumplido catorce.

—Yo ni siquiera había nacido —comentó Abigail, de once años.

Su barco, el *Neptuno*, transportaba verduras seis días a la semana de Old Port, Nueva Jersey, a la ciudad de Nueva York. La tripulación, compuesta por el primer oficial, el señor Oliver, y el ingeniero, el señor Pordine, vivía en tierra. Pero Pa, Thad y Abigail vivían a bordo del barco.

El *Neptuno* tenía cuatro camarotes de paredes blancas, con madera barnizada y molduras de bronce brillante. Había un camarote dormitorio que ocupaba el capitán Bates, un baño pequeño con ducha y una cocina larga y estrecha, con fregadero, estufa y alacena. Thad y Abigail compartían un camarote con literas tan estrecho que era imposible sentarse. Apenas había espacio suficiente para estar de pie. Guardaban la ropa en un armario en la pared opuesta. La tercera pared tenía una escotilla que comunicaba con los demás camarotes. En la cuarta pared había una portilla.

El *Neptuno* se bamboleó.

—Ve a ver si ya terminó el señor Oliver —ordenó Thad. El primer oficial tenía la responsabilidad de cargar y descargar el barco.

Abigail se asomó por la portilla.

—Sigue cargando. Y el día se ve borrascoso.

—¿Hace muy mal tiempo?

—El cielo se ve gris y hace mucho aire. Ya sabes lo que dice Pa: “Una tormenta de primavera se puede desatar en cualquier momento”.

—¿Qué hacen en el *Sirena*?

El *Sirena*, el carguero con paletas que compartía el mismo muelle, también transportaba verduras a la ciudad. El primer carguero que llegaba a los muelles de Manhattan obtenía los mejores precios.

—Todavía lo están cargando —respondió Abigail.

—Odio que zarpe primero —refunfuñó Thad—. A Pa le disgusta mucho.

La escotilla se abrió y el capitán Bates se asomó.

—Oigan, ¿qué pasó con el desayuno? Hace frío allá afuera y el señor Oliver está de mal humor.

—Ahora vamos —contestó Thad.

—Ya era hora —repuso el capitán—. Ya conocen las reglas del barco. Tienen que levantarse media hora antes de zarpar —se alejó.

Abigail suspiró. Era pequeña y muy ágil y tenía ojos brillantes que le daban una mirada alegre.

—¿Por qué Pa tiene tantas reglas?

—Le gusta mantener un control estricto sobre el barco —respondió Thad.

—¿Por qué?

—No lo sé —Thad se quedó pensando un momento—. Tal vez las reglas le ayudan a sentirse seguro de las cosas.

—¿Qué cosas?

—Nosotros. Así es desde que Ma murió.

Thad se apresuró a vestirse. Era alto, fuerte y delgado, le sacaba más de treinta centímetros a Abigail, y tenía la cabeza coronada por una mata abundante de cabello negro brillante. Se dirigió a la cocina.

—¿Tenemos que ir a la escuela? —gritó Abigail.

Thad se detuvo al llegar a la escotilla.

—Ya sabes que Pa quiere que vayamos.

—Él sólo fue tres años a la escuela antes de alistarse en la marina.

—Eran épocas de guerra —explicó Thad—. Ve a ver cómo está el señor Oliver.

Abigail se entretuvo.

—Tal vez si el señor Oliver no se siente bien, Pa nos permitirá quedarnos a bordo.

—Ya lo decidirá Pa. ¿Qué esperas? ¡Muévete!

Después de que Abigail se marchó, Thad se puso a preparar el desayuno en la cocina. No le molestaba ocuparse de las labores domésticas. Alguien tenía que hacerlas. Sólo deseaba que le permitieran realizar algunas de las tareas importantes.

Abigail regresó.

—Dice Pa que te apresures. El señor Pordine ya está preguntando también.

—¿Qué pasó con el señor Oliver?

—No tiene ganas de comer.

Thad sirvió unas salchichas muy calientes y rebanadas gruesas de pan en dos platos de estaño. Abigail sirvió dos tazas de café negro humeante y le llevó el desayuno al señor Pordine, que se hallaba bajo cubierta en la sala de máquinas, trabajando en el motor de vapor alimentado con carbón que propulsaba las ruedas de las paletas. Thad le llevó el desayuno a Pa a la timonera —situada encima de las habitaciones familiares— donde estaban el timón, el tubo acústico y la cuerda de la sirena.

—Gracias —murmuró el capitán. Tenía la mirada fija en la bahía y los nubarrones grises.

—Supongo que será mejor que Abigail y yo nos marchemos a la escuela —dijo

Thad.

—Espera. Tal vez no.

—¿Por qué?

—El señor Oliver se equivoca mucho con las cuentas cuando no se siente bien.

De todos modos, tú llevas mejor la contabilidad.

—Pa —comenzó Thad—, también puedo manejar el timón.

Como Pa no respondió nada, Thad preguntó:

—¿Quieres que Abigail vaya a la escuela?

—Supongo que será mejor que ella también se quede —decidió el capitán Bates.

Se quedó mirando el cielo nublado y movió la cabeza—. Thad, ser capitán es bueno, para mí. Pero como siempre te digo, tú eres mucho más inteligente que yo. Tú mereces algo mejor. Eso es lo que tu madre quería. Le prometí que estudiarías. De todos modos, dirigir esta chalana cuando hace mal tiempo no es nada divertido.

Thad quería protestar, pero se contuvo y no dijo nada. Nunca ganaba esa discusión. Por un lado, su padre decía que era muy inteligente y, en seguida, insinuaba que no era suficientemente listo para pilotear el barco.

De regreso en la cocina, Thad y Abigail se sentaron a desayunar.

—Gracias por librarme de la escuela —manifestó Abigail, muy sonriente.

—Fue Pa. Necesitas estudiar, por si no lo sabías.

Abigail rió.

—Pa siempre dice que eres tú el que tiene que ser algo importante.

—Tal vez —repuso Thad.

—Siempre dice que Ma quería que llegaras a ser alguien en la vida. Incluso, presidente. Con tal de que no esté ligado para nada con el agua.

—No se puede ligar el agua —replicó Thad—. Como sea, voy a alistarme en la marina. Me subiré a un barco de verdad, llegaré a ser capitán y recorreré el mundo.

Abigail terminó de beber el café con leche, dejó la taza en el fregadero y salió corriendo. Al llegar a la escotilla, se volvió, le enseñó la lengua a su hermano y gritó:

—Pa no te va a dejar.

—¡No me importa! —gritó Thad a su vez.

Mientras limpiaba la cocina, Thad pensó: “Me da mucho gusto tener cabeza para la escuela. Pero, ¿y eso qué? También puedo ser capitán de un barco”.

Se oyó una sirena. Thad comprendió. El *Sirena* estaba a punto de zarpar. Eso significaba una carrera para ver quién llegaba antes a la ciudad. Thad detestaba las carreras. Pa estaría tenso.

Se asomó por la portilla. Parecía que se avecinaba una tormenta. “Espero que no tengamos que navegar en medio de la tormenta”, pensó, y se preguntó si los sorprendería en el mar.

*(Continuará.)*

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi

Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo

Cipriano Cárdenas, Spanish Editor

Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.

[www.breakfastserials.com](http://www.breakfastserials.com)

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

Capítulo dos

### Soltando amarras

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO: Transcurre el año de 1884 y el *Neptuno*, un barco carguero de paletas laterales, está a punto de zarpar con rumbo a la ciudad de Nueva York. A bordo de él se encuentra Thaddeus, de catorce años, y su hermana menor, Abigail. Pa Bates —el capitán Bates— está al mando del timón. Pero se avecina una tormenta.

En la cubierta ya atiborrada del *Neptuno*, Thad anotaba en el libro de contabilidad el nombre de cada agricultor y lo que había llevado a medida que dejaban las fanegas de lechuga, frijoles, chícharos y papas. Haría más notas cuando entregaran los productos a los compradores de la ciudad.

Deseaba partir en seguida. En medio del barco, la alta chimenea de hierro, cubierta de hollín, despedía humo negro. El señor Pordine tenía listo el motor. Mientras más esperaran, más irritable se pondría su padre.

Thad miró hacia la bahía. El *Sirena* salió del muelle. El capitán Stahl, que estaba al mando del barco, usó un megáfono para burlarse de ellos.

—¡Nos vemos en la ciudad!

En la timonera, el capitán Bates observaba las maniobras de carga con el entrecejo fruncido. La barba, cuya forma había recortado en homenaje a su héroe, Abraham

Lincoln, le confería un aspecto de gran dignidad. Sin embargo, Thad se daba cuenta de que estaba molesto porque el *Sirena* ya había zarpado.

En ese momento, a Thad no le importó. Seguía pensando en el comentario de su hermana: “*Pa no te va a dejar*”.

Pa había comenzado como grumete de un barco en tiempos de paz. La guerra cambió todo. La marina necesitaba hombres. Progresó con rapidez. Pa no tardó en ascender en el escalafón y fue nombrado primer oficial antes de la Batalla de Vicksburg. Cuando la Guerra Civil terminó, ya era capitán de un barco de guerra clase Monitor.

Para Ma, la marina representó el horror de la guerra. Por esa razón, cuando se enfermó, hizo que Pa le prometiera que Thad y Abigail irían a la escuela. Cuando Ma murió, Pa cumplió su palabra.

El último agricultor dejó sus fanegas de frijoles. “Ahora podremos zarpar”, pensó Thad.

Para ir a Manhattan, el *Neptuno* salía de Old Port, Nueva Jersey, navegaba brevemente en el Océano Atlántico, entraba en la parte baja del puerto de Nueva York, atravesaba el estrecho para llegar a la parte alta y adentrarse en el río Hudson, donde atracaban en el muelle sesenta y cuatro de Manhattan. En virtud de que dos grandes ruedas de paletas propulsaban el *Neptuno*, una a babor y otra a estribor, tardaba un poco más de una hora en recorrer las veinte millas.

—Pa —llamó Thad—, ¿hay algo en lo que te pueda ayudar?

—Haz bien las cuentas y ya.

—¡Eso estoy haciendo, Pa!

Enfadado, Thad miró la bahía. Percibió un olor fuerte: una mezcla de salmuera, pescado, alquitrán, ostras y humo. Había una cantidad de barcos mayor de lo normal en el mar, tanto de vela como de vapor: paquebotes, barcos de vapor grandes y pequeños, como el *Neptuno*, e incluso un clíper enorme y gracioso, además de un gran número de botes de pesca pequeños y barcos ostreros. Las chimeneas de los vapores despedían nubes de humo. Las velas estaban tensas. Thad supuso que todos trataban de ganarle al temporal. Las tormentas podían ser muy violentas.

“Es muy frustrante”, pensó Thad. Quería complacer a su padre y convencerlo de que podía hacer *muchas* cosas, incluso ser buen marinero. Ya era buen estudiante.

Abigail se acercó.

—El señor Oliver no se siente bien.

Thad miró a su alrededor. El primer oficial se hallaba en la cubierta principal, asegurando la carga. El señor Oliver era un hombre alto y fuerte, con manos enormes; era calvo, pero tenía barba abundante, como la de *su* héroe, el presidente Ulysses Simpson Grant.

Una vez que el *Neptuno* se ponía en marcha, el trabajo del señor Oliver consistía en mantener todo limpio y ordenado. Cuando era necesario, ocupaba el lugar del capitán Bates al timón. La mayoría de las veces, corría de aquí para allá como un cangrejo asustado, pero esa mañana no mostraba ningún entusiasmo. De vez en cuando, sacaba un pañuelo rojo y se limpiaba la frente sudorosa, aunque no hacía calor.

—¿Señor Oliver! —llamó Thad—. ¿Qué le pasa?

El señor Oliver levantó la mirada.

—Me siento mal del estómago.

—¿Quiere que soltemos las amarras? —preguntó Thad.

El señor Oliver negó con la cabeza.

—Ya conocen las reglas de su padre —pero al ver la cara que puso Thad, agregó—: Oye, sé muy bien que puedes hacerlo —se volvió hacia el capitán Bates y gritó—. ¡Ya está todo bien estibado, capitán!

—Thad, ¿anotaste todo?

—Sí, señor.

—Entonces, ¡soltemos amarras!

Thad y Abigail usaron una escalerilla para subir a la timonera. Abigail ocupó su lugar habitual para navegar y se sentó en el reborde delantero de la ventana con las piernas colgando hacia fuera. Desde ahí, podía ver todo y cuando se lo ordenaban, tiraba de la cuerda de la sirena del barco, algo que le encantaba hacer.

Thad se quedó de pie al lado de su padre. A veces, el capitán lo dejaba dirigir la nave, pero sólo por períodos breves. Cuando Thad tomaba el timón, Abigail le decía “primer oficial Thad”. A Pa no le hacía ninguna gracia, pero el señor Oliver, que sabía mucho de barcos, aseguraba que Thad era buen marinero. Thad se sentía muy bien al oírlo. Pero su padre jamás decía nada parecido... nunca. Y los momentos que Thad pasaba al mando del timón eran muy breves.

—Tira de la cuerda, Abigail —ordenó el capitán Bates.

Abigail tiró de la cuerda de la sirena. La sirena accionada por vapor resonó con tal estruendo que asustó a las gaviotas que gritaban en el cielo y se alejaron revoloteando.

El capitán Bates se acercó al tubo acústico de bronce que comunicaba con la sala de máquinas en el piso de abajo y gritó:

—Estamos soltando amarras, señor Pordine. Motores a cuatro carreras. ¡Siga paleando el carbón! Tenemos que alcanzar al *Sirena*.

—¡Sí, señor! —llegó la respuesta entrecortada.

El señor Oliver soltó las amarras que ataban al *Neptuno* al muelle. Una densa nube de humo negro salió de la chimenea. Las paletas laterales giraron. El barco empezó a moverse. Pero el *Sirena* ya les llevaba casi cien metros de delantera.

Thad no le quitaba la vista de encima al señor Oliver. El primer oficial no dejaba de limpiarse el sudor de la frente. Thad miró a su padre. El capitán Bates no se veía preocupado. Estaba escudriñando la bahía. El mar *estaba* más agitado de lo normal y en las crestas de las olas blanqueaban las cabrillas. El cielo estaba nublado y una brisa bastante fuerte soplaba del oriente, trayendo consigo negros nubarrones. En mar abierto, Thad vislumbró una tenue cortina gris de niebla que se extendía paulatinamente como una alfombra que se desenrollaba. La espuma blanca sobre las olas le recordó la crema batida. Pero esas olas no eran dulces. No se trataba de una verdadera tormenta. Al menos, no todavía.

—Thad —llamó el padre—, ve a verificar tus cuentas.

Thad, sintiéndose hecho a un lado como de costumbre, trató de protestar.

—Pero...

—Thad, yo soy el capitán de este barco.

A regañadientes, Thad se alejó del timón.

(Continuará.)

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi

Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo

Cipriano Cárdenas, Spanish Editor

Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.

www.breakfastserials.com

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

Capítulo tres

### Aguas turbulentas

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO: Transcurre el año de 1884 y el *Neptuno*, un barco carguero con paletas laterales, se desplaza a toda velocidad hacia la ciudad de Nueva York. Thaddeus quisiera que su padre, el capitán Bates, le permitiera hacer más en el barco. Mientras tanto, el primer oficial, el señor Oliver, está enfermo. Además, está a punto de desatarse una tormenta.

Las ruedas laterales giraron, agitando el mar azul oscuro, y el *Neptuno* se alejó de la costa de Jersey. El viento arreció. Las olas se levantaban y rompían. Mientras el barco cabeceaba, Thad notó que Pa apretaba la rueda del volante con mucha fuerza.

Thad recordó que ni el tiempo ni la forma como se movía el *Neptuno* eran extraños. Habían navegado en peores circunstancias. Pero era primavera, y todo resultaba impredecible.

El *Sirena* también se bamboleaba. Pero ya se le habían acercado. Thad se alegró. Pa estaría de mejor ánimo si superaba a su rival.

Thad se sentó en el suelo de la timonera y revisó sus notas; verificó los nombres de los agricultores y lo que habían llevado a bordo. Todo tenía que estar correcto. Eso también le ayudaría con Pa. Sin embargo, Thad tuvo que darse por vencido. El *Neptuno* se movía tanto que no podía concentrarse en sus apuntes.

Miró atrás. Una gaviota los seguía. Un pez saltó del agua. Y la densa niebla

seguía avanzando sobre el mar desde el nordeste. Eso podía significar una *verdadera* tormenta, una borrasca. Un poco más adelante, el *Sirena* aceleró la marcha, pero el *Neptuno* seguía ganando terreno, aunque poco a poco. Ahora que ya estaban en camino y compitiendo, Thad tuvo que admitir que era emocionante.

Al cabo de veinte minutos, entraron en la parte conocida como Narrows, una especie de estrecho. A babor, se veían las verdes colinas de Staten Island; a estribor, la costa escarpada de Brooklyn. El canal de los Narrows se congestionaba a menudo con los barcos arrastrados por las corrientes de resaca. Dichas corrientes hacían que el paso fuera peligroso y posiblemente traicionero, dada la tormenta que se avecinaba.

Thad notó que había una cantidad excepcionalmente grande de embarcaciones en el estrecho y que los barcos se apresuraban a guarecerse de la tormenta en el puerto de Nueva York. Sin embargo, había un número casi igual de embarcaciones dirigiéndose hacia mar abierto para intentar ganarle al temporal, con la esperanza de ir al sur antes de que se desataran ahí las mismas condiciones meteorológicas. Thad sabía que los capitanes de barcos a menudo corrían riesgos.

El *Sirena* volvió a adelantarse.

—¡Nos estamos rezagando! —gritó Abigail.

El capitán Bates se acercó al tubo acústico.

—¡Más vapor! —gritó—. Con el viento en contra, las cosas pueden ponerse un poco difíciles. Sujétate, Abigail, y ten lista la sirena. Vamos a necesitarla. No se ven a menudo tantos barcos en el canal.

Thad sabía que el movimiento hacia delante de un barco no podía detenerse con rapidez. Un barco no era como con un caballo. Necesitaba mucho tiempo y espacio. Mientras más grande y potente fuera el barco, más distancia necesitaba para detenerse. Había que calcularla con cuidado, algo así como un problema de geometría. Hacía mucho tiempo, Thad se había convencido de que lo mismo ocurría con sus sentimientos: una vez que surgían, no era fácil detenerlos.

Observó a su padre. El capitán apretaba el timón y se veía tenso mientras escrutaba el mar, el cielo y los demás barcos, en especial el *Sirena*. En ocasiones, Thad imaginaba a su padre dirigiendo un barco de guerra. Por supuesto, no había barcos enemigos en la bahía, sino muchos capitanes que no seguían las reglas. Pa acostumbraba decir: “El mal tiempo hace que los malos marinos empeoren y que los buenos mejoren”.

Ya adentrados en los Narrows, el capitán Bates se acercó al tubo y ordenó:

—Baje la potencia a tres carreras, señor Pordine. Hay demasiados barcos.

—Entendido —respondió el ingeniero.

—¿Vas a dejar que se adelante el *Sirena*? —preguntó Abigail.

—No voy a correr ningún riesgo —repuso el capitán Bates.

Thad sintió admiración por su padre. Se preocupaba por todos y los cuidaba.

El capitán miró a su alrededor.

—Thad, ¿tienes alguna idea de dónde está el señor Oliver?

Thad se asomó por la ventana.

—Tal vez bajo cubierta —ofreció—. ¿Te acuerdas que no sentía bien?

El capitán Bates dirigía el *Neptuno* con cuidado, se mantenía a prudente distancia de los otros barcos y, con frecuencia, pedía a Abigail que hiciera sonar la sirena.

El *Neptuno* avanzó a ritmo constante y pronto salió de la zona del estrecho a la parte baja del puerto de Nueva York. Ahí había aún más embarcaciones. Cuando alcanzaron al *Sirena*, empezó a llover.

—¡Vamos a ganar! —vitoreó Abigail.

—¡Cuidado ahí! —gritó Thad. Señaló un velero grande, el *Bonnie Brea*, que no se hallaba lejos de ellos. El *Bonnie Brea* había entrado en el puerto. Directamente frente a la nave, se encontraba el *Columbine*, también un velero.

—¿Acaso en ese barco no conocen las reglas del puerto? —Thad se preguntó en voz alta—. ¿Pa? ¿No debería virar a la izquierda en lugar de a la derecha?

—Claro que sí —coincidió el capitán Bates.

—Marineros de agua dulce —se mofó Abigail.

—¡Pa! —gritó Thad—. ¡Van a chocar!

Los dos barcos de vela trataron de virar. La combinación del viento, el oleaje y el ímpetu resultó demasiado fuerte. Los barcos chocaron. El ruido de la madera saltando hecha astillas reverberó en todo el puerto.

Con el impacto, el *Bonnie Brea* perdió la vela del palo mayor. A pesar de eso, levantado por el viento y las olas, logró soltarse y siguió navegando hacia la ciudad. Sin embargo, el *Columbine* perdió el timón.

—¡No pueden gobernar el *Columbine*! —gritó Thad.

—Perdió el control —coincidió el capitán Bates, con expresión grave.

—Si no tienen cuidado —agregó Thad—, van a estrellarse con otros barcos.

—*No pueden* tener cuidado —replicó el capitán Bates—. No sin el timón. Más vale que les ofrezcamos ayuda antes de que golpeen a alguien.

—¿Qué pasará con el *Sirena*? —preguntó Abigail.

—Puede llegar en primer lugar por hoy —respondió el capitán Bates, preocupado. Habló por el tubo acústico—: Baje la potencia, señor Pordine. ¡Debemos avanzar muy despacio! Hay un barco averiado. ¡Tenemos que ir en su ayuda!

—¿Cómo está el tiempo? —se oyó la voz del señor Pordine.

—Malo. Y tal vez empeore. Así que si dejamos que ese barco vaya a la deriva, provocará un caos en los carriles —aseguró el capitán.

—Buena suerte —deseó el señor Pordine.

El capitán Bates hizo girar el timón y enfiló el *Neptuno* directo hacia el *Columbine*.

Thad tragó saliva. No había más remedio. “Tenemos que ayudar a ese barco antes de que ocurra otro desastre peor”, pensó.

Llovía a ráfagas en ese momento y el agua entraba empujada por el viento por las ventanas abiertas.

*¡Era otra carrera!*

*(Continuará.)*

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi

Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo

Cipriano Cárdenas, Spanish Editor

Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.

[www.breakfastserials.com](http://www.breakfastserials.com)

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

Capítulo cuatro

### Al rescate

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO: Una tormenta se avecina y el *Neptuno*, un barco carguero con paletas laterales, se apresura a guarecerse en el puerto de Nueva York. En el mar agitado, repleto de embarcaciones, dos barcos chocan. Uno queda averiado. El *Neptuno* tiene que ir ahora al rescate.

Thad observó a su padre guiar el *Neptuno* con cautela entre el oleaje embravecido hacia el *Columbine* que era arrastrado por la corriente. Cuando estuvieron suficientemente cerca, el capitán gritó:

—¡Thad! ¡El megáfono!

Thad se lo entregó. El capitán se lo acercó a la boca y gritó por la ventana:

—¡Ah del barco, *Columbine*! ¿Necesitan ayuda?

—¡No puedo gobernar el barco! —respondió alguien a gritos—. ¿Puede remolcarnos a la ciudad? Le pagaremos bien.

—Le ayudaré con gusto y no se preocupe por la paga —repuso el capitán. Le devolvió el megáfono a Thad y se inclinó hacia el tubo acústico—. Señor Pordine, el barco averiado necesita que lo remolquemos. Las reglas del puerto dicen que si lo remolcamos, yo tengo que pilotarlo para llevarlo al puerto. ¿Oliver está abajo con usted?

—Sí, señor, aquí está.

—Dígale que ate una cuerda de remolque en nuestra popa. La necesitaremos para llevar a buen puerto este barco averiado. Tendrá que guiarnos a la ciudad. Dígale que se apresure. El tiempo está empeorando.

—Sí, señor —respondió el ingeniero—. Oliver ya lo oyó.

—Señor Oliver —gritó el capitán, impaciente—. ¿Qué espera para moverse? ¡Se avecina una tormenta!

Mientras se acercaban al *Columbine*, Thad miró si venía el señor Oliver y luego a su alrededor, al temporal. La espuma blanca cabrilleaba en la cresta de las olas.

—¿Dónde está el maldito Oliver? —farfulló el capitán sin retirar las manos de la rueda del timón. En seguida, añadió—: Thad, ¡la tormenta no espera! Tendrás que dirigirnos hacia ese barco, con la popa al frente. ¿Puedes hacerlo?

—Creo que sí —atinó a decir Thad, aunque su padre lo había tomado desprevenido por completo.

—No *creas* nada. *Hazlo* y ya hasta que Oliver llegue. No debe tardar más de medio minuto. Abigail, ayuda a tu hermano.

—Sí, señor —dijo Abigail, abriendo los ojos desmesuradamente.

Thad, nervioso, tomó el timón. Apenas tenía la altura suficiente para ver por la ventana delantera.

—Será sólo por medio minuto —repitió el capitán Bates. Tomó el megáfono, salió de la timonera y se dirigió a la cubierta.

—¿A dónde va? —Thad preguntó a su hermana.

—Hacia la popa.

Thad echó un vistazo al *Columbine*. Los marineros recogían con desesperación las velas para que el viento no empujara el barco. Llovía a cántaros y el agua empapó a Thad y a Abigail. Las olas se levantaban amenazadoras. El *Neptuno* se bamboleó.

Tratando de medir la distancia cada vez más corta entre el *Neptuno* y el *Columbine*, Thad se inclinó hacia el tubo acústico. Pero no podía sujetar el timón y hablar por el tubo al mismo tiempo.

—Abigail —llamó—, toma el tubo y dile al señor Pordine que avancemos una carrera atrás y otra adelante. ¡Apresúrate! No quiero otro choque.

Abigail saltó de la ventana y gritó por el tubo:

—¡Una carrera hacia atrás y otra hacia adelante!

—¿Abigail? ¿Eres tú? —preguntó el señor Pordine.

—Sí. Thad está al timón. ¿Puede oírme?

—Sí, dile que lo tome con calma.

Thad, sin atreverse a quitar la vista del panorama que tenía frente a él, apretó con fuerza el timón. “Tranquilo”, pensó, “tranquilo.

—Abigail, ¿qué sucede?

Su hermana miró por la ventana.

—Oliver está en la popa con Pa. Están tratando de atar la cuerda.

—Más vale que la aten bien —dijo Thad.

Al momento siguiente, oyó a su padre gritar por el megáfono.

—¡Thad! ¡Da marcha atrás hacia el *Columbine* un poco más! ¡Ve con calma!

—Abigail —llamó Thad—, ¡dile al señor Pordine lo que dijo Pa!”

Abigail tomó el tubo acústico.

—¡Dice Pa que hay que dar marcha atrás hacia el *Columbine*! —gritó—, ¡Pero con calma!

—¡Entendido! —respondió la voz del señor Pordine.

—Abigail —pidió Thad—, no dejes de decirme cómo vamos —apretaba la rueda del timón con tanta fuerza que los dedos le dolían—. Asegúrate de vaya bien.

En el momento en que Abigail se asomó por la ventana, las ruedas de las paletas del *Neptuno* empezaron a girar hacia atrás. El barco se sacudió y luego comenzó a retroceder lentamente.

Thad, incapaz de abstenerse de mirar, soltó el timón, corrió a la ventana, se asomó, vio que iban directo hacia el *Columbine*, corrió de vuelta al timón y volvió a sujetarlo.

—¡Lo estás haciendo muy bien, Thad! —oyó gritar a su padre—. ¡Continúa con calma!

—Dile a Pordine que vayamos despacio —Thad le gritó a Abigail.

—¡Vaya despacio! —gritó Abigail a su vez por el tubo y regresó corriendo a la ventana.

—Un poco más —Thad oyó gritar al capitán Bates—. ¡Así se hace! Ahora, motores en marcha adelante y ¡alto!

Thad soltó apresuradamente el timón, retrocedió dos pasos y gritó por el tubo:

—¡Motores en marcha avante y alto!

—¡Sí, señor! —llegó la respuesta.

Las enormes ruedas laterales invirtieron su giro y se detuvieron, aunque el bote, muy lentamente, seguía retrocediendo. Poco a poco, dejó de moverse hacia atrás.

Entonces sopló una repentina ráfaga de viento. El *Neptuno* se bamboleó.

Thad miró hacia el oriente. En el cielo destellaban los relámpagos, seguidos del rugido de truenos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Los marineros del *Columbine* le acaban de lanzar una escalerilla de cuerda a Pa —respondió Abigail—. Ya se enrolló la sirga al hombro. Está subiendo al otro barco. ¡Ya llegó! Los marineros tomaron la sirga. La están atando.

—El señor Oliver no fue con Pa, ¿verdad?

—No.

—¿Viene para acá?

—Así parece, Thad —llamó Abigail—. Creo que ya están listos.

—Tenemos que estar seguros.

—¡Thad! ¡Avanza! —oyó gritar a su padre—. ¡Avante!

Thad pensó: “Lo bueno es que tiene el megáfono”, y en seguida fue al tubo acústico.

—¡Avante! —gritó y volvió a tomar el timón.

—¡Entendido! —respondió el señor Pordine.

Las ruedas de las paletas empezaron a girar hacia delante. El *Neptuno* se sacudió. Una ráfaga de viento se coló en la cabina. Thad se quitó el cabello mojado de la frente.

El *Neptuno*, que cabeceaba en medio del oleaje cada vez más encrespado, comenzó a moverse muy lentamente; en esta ocasión, en dirección contraria del *Columbine*.

—Despacio y con calma —gritó Thad, tanto para sí mismo como a su hermana—. Abigail, dile al señor Pordine que vaya a dos carreras.

Abigail obedeció.

—¿No viene el señor Oliver? —preguntó Thad, desesperado.

—¡No lo sé!

Las ruedas laterales del *Neptuno* giraban, pero el barco no avanzaba.

Abigail miró a la proa, hacia el *Columbine*.

—La sirga se está estirando. ¡Está tensa!

—Pero, ¡no nos movemos! —gritó Thad, que respiraba con dificultad—. ¿Qué sucede?

*(Continuará.)*

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi

Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo

Cipriano Cárdenas, Spanish Editor

Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.

[www.breakfastserials.com](http://www.breakfastserials.com)

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

Capítulo cinco

### Thad al mando del timón

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO: Cuando el capitán Bates sube a bordo del averiado *Columbine*, el señor Oliver acude en su ayuda. Eso significa que Thaddeus, de catorce años, tiene que hacerse cargo momentáneamente del timón del *Neptuno*. Thad cuenta con la ayuda de su hermana menor, Abigail, pero la tormenta está cobrando fuerza y el *Neptuno* tiene problemas.

Thad estaba desconcertado. *¿Por qué no se movían?*

En lugar de avanzar, el *Neptuno* se bamboleaba de un lado a otro. Thad oyó el ruido del motor, cada vez más forzado. Detrás de él, el piso mojado de la cabina se estremeció. Igual que las ruedas de las paletas giraban y rasgaban el agua, el corazón de Thad parecía tirar también del barco. “Por favor, por favor”, susurró. “Avanza”.

¡Más potencia! —gritó.

—¡Más potencia! —Abigail repitió en el tubo.

El *Neptuno* comenzó a avanzar muy espacio.

—¡Lo lograste! —exclamó Abigail—. ¡Lo estás remolcando!

El *Neptuno* cobró velocidad.

Thad respiró hondo. Estaba empapado por la lluvia y tenía frío.

—Da un tirón largo y uno corto a la sirena —indicó—. Eso significa que estamos

remolcando un barco.

Confidencial y con derechos reservados

Breakfast Serials Inc.

2006

Abigail corrió a la cuerda y tiró con fuerza. La sirena sonó.

—Ahora —ordenó Thad—, un tirón largo. Con eso pondremos sobre aviso a todos de que vamos a pasar.

Abigail hizo lo que su hermano le pedía.

—Hay que hacer sonar la sirena de este modo cada pocos minutos.

—Bueno.

—¿Dónde está Oliver? —preguntó Thad, mientras el *Neptuno* avanzaba a ritmo constante.

—No lo sé.

Perplejo, Thad continuó sujetando la rueda mojada del timón con las dos manos. Como el oleaje cada vez fuerte empujaba el timón, la rueda parecía querer girar por su cuenta. Thad trató de secarse las manos en los pantalones, pero éstos estaban tan mojados como las manos.

—El mar está muy picado —comentó, al tiempo que se esforzaba por mantener la estabilidad del barco—. No estoy seguro de tener la fuerza necesaria para dirigir el timón mucho tiempo más. ¿Dónde está Oliver?

—Ya viene.

Thad, sintiéndose muy aliviado, observó al señor Oliver, que entró con dificultad en la timonera. Pero en lugar de ir directamente hacia el timón, el primer oficial se quedó donde estaba, apoyándose en la pared con una mano.

—Estuviste muy bien... Thad —dijo, pero no se movió—. Perfecto —a Thad le pareció que el señor Oliver tenía dificultades para hablar y permanecer de pie.

—También fue Abigail —repuso Thad.

—Claro.

Una ráfaga de viento sacudió la timonera. El *Neptuno* se bamboleó. El señor Oliver se sujetó con las dos manos.

—¿Va a tomar el timón? —preguntó Thad, que no sabía bien qué hacer.

El señor Oliver lo miró con ojos vidriosos.

—¿Qué pasa? —inquirió Thad.

—Me... me siento peor —anunció el señor Oliver.

—¿No va a hacerse cargo del timón? —repitió Thad.

—Creo que más me vale que lo haga —contestó el señor Oliver. Comenzó a avanzar con trabajos.

Cuando el primer oficial puso las manos en la rueda del timón, Thad se apartó.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó.

—No te preocupes —dijo el señor Oliver. En seguida, hablando con dificultad, añadió—: Vamos a llegar un poco tarde. Pero no podíamos dejar un barco a la deriva en el mar, ¿cierto?

—No —coincidió Thad.

—Puede causar mucho daño —prosiguió el señor Oliver. Hacía pausas largas entre cada oración—. Un barco a la deriva como ése. Fuera de control. Como chivo en cristalería. La gente podría ahogarse.

Thad, inquieto por el señor Oliver, entrecruzaba miradas de preocupación con Abigail. Miró atrás. La lluvia había cesado, pero la niebla se hacía cada vez más densa. Muchos barcos habían echado anclas donde se hallaban. Los veleros habían arriado las velas.

—¿A dónde vamos a remolcar el barco? —quiso saber Thad.

—Al muelle cuarenta y dos —manifestó el señor Oliver.

—¿A la terminal de transbordadores del Hudson? —preguntó Thad.

—Sí —corroboró el señor Oliver—. Es un muelle bueno y ancho —en seguida, añadió—: No te preocupes... llegaremos.

Thad no quitaba la mirada del primer oficial. El hombre tragaba mucha saliva. Mientras el barco cabeceaba y se bamboleaba, el señor Oliver trató de sonreír.

—Sujétense —farfulló.

De repente, Thad se dio cuenta de que el rostro del señor Oliver se ponía cenizo. Oliver se llevó la mano a los ojos.

—Thad... estoy mareado. Muy mareado. No puedo ver bien —se tambaleó y se apartó del timón—. Tienes que tomar el control —al momento siguiente, el señor Oliver gimió, salió de la timonera y bajó por la escalerilla.

Aterrorizado, Thad se quedó clavado donde estaba. La rueda del timón, desatendida, comenzó a girar por cuenta propia. Sin perder tiempo, Thad saltó, la sujetó y la enderezó.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Abigail, muy asustada.

Thad apretó el timón con fuerza y pensó en la serenidad de su padre.

—¿Cuántas veces hemos ido a la ciudad? —se preguntó a sí mismo igual que a Abigail.

—Como un millón de veces —susurró su hermana.

—Y acabamos de hacer la parte más difícil, ¿no es así?

—Bueno... en realidad, no —repuso Abigail.

Thad apretó la mandíbula.

—Como sea, conocemos el camino —aseguró y abrió las piernas para ayudarse a mantener el equilibrio en la cubierta resbaladiza—. Lo que necesitamos es no perder la calma. Y avisar a todos que vamos remolcando un barco. De acuerdo. Dile al señor Pordine que necesitamos más potencia.

Abigail hizo sonar la sirena para dar los avisos y luego gritó por el tubo:

—¡Tres carreras, adelante!

—Me parece bien —contestó el señor Pordine—. ¿Eres tú, Abigail? Creí que Oliver estaba al timón.

—El señor Oliver se enfermó —gritó Thad—. Tuvo que bajar. Yo me estoy haciendo cargo del timón.

—¿Solo?

—Yo estoy con él —aclaró Abigail.

—¡Válgame Dios! —gritó el ingeniero—. Niños, ¿creen que puedan manejarlo?

—¡Tenemos que hacerlo!

—¿Por el Canal Van Kull?

—¡No se preocupe! —gritó Thad, pero al mismo tiempo se preguntó si podría lograrlo..

—¡Buena suerte! —deseó el señor Pordine luego de un momento.

—Gracias.

Abigail hizo sonar la sirena: un pitido largo y uno corto, seguido por un tirón largo.

—¡Thad! —exclamó, nerviosa —¡El Canal Van Kull está directamente al frente!

Thad asintió; tenía la boca muy seca.

—Barco a remolque —dijo entre dientes—. Avante —sujetó la rueda del timón con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Ojalá pudiera ver mejor.

La sirena sonó repetidamente.

—Puedes hacerlo —le gritó Abigail.

Todo mojado y temblando de frío, lo único que Thad podía pensar era: *Eso espero. Eso espero.*

*(Continuará.)*

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi

Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo

Cipriano Cárdenas, Spanish Editor

Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.

[www.breakfastserials.com](http://www.breakfastserials.com)

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

Capítulo seis

### El Canal Van Kull

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO: El capitán Bates se encuentra a bordo del *Columbine*, un barco averiado. En el *Neptuno*, el primer oficial, el señor Oliver, se enfermó, por lo que Thaddeus se vio obligado a hacerse cargo del timón. Rumbo a Nueva York, la visibilidad es escasa y el *Neptuno* se dirige a un canal peligroso.

Thad, esforzándose para ver a través de la densa niebla, miró al frente. El estrecho Canal Van Kull estaba marcado por algunas boyas rojas que sólo *insinuaban* el camino. Pilotos y capitales experimentados del puerto, como el padre de Thad, conocían el camino exacto. Pero Thad lo había cruzado muchas veces. Sólo esperaba que pudiera recordar todos los detalles. Además, aunque la neblina era cada vez más espesa, el mar estaba más tranquilo.

Los remolinos de niebla eran tan densos, que los barcos surgían de pronto ante ellos, sólo para desaparecer en seguida. Thad confió en los demás *podieran* verlos. En un momento que la niebla se despejó, Thad vio el puerto repleto de embarcaciones. Alcanzó a distinguir a la gente que trabajaba en los muelles. Detrás se levantaban los apretados edificios de ladrillo, piedra y madera de la ciudad.

—¿Cómo va el *Columbine*? —preguntó.

Abigail se asomó.

—Se ve bien —informó—. ¿Crees que Pa sepa lo que está sucediendo aquí?

—No puede saberlo —respondió Thad y giró la rueda del timón cuando el *Neptuno* dio un bandazo a causa de otra repentina ráfaga de viento.

—Supongo que no —admitió Abigail, que se hallaba de vuelta en su asiento de la ventana delantera—. Espero que el señor Oliver se ponga bien —cada pocos minutos hacía sonar la sirena para dar las señales.

Un transbordador de Staten Island venía hacia ellos.

—¡Un transbordador! —gritó Thad—. Da la señal.

Abigail obedeció.

El transbordador respondió con dos pitidos cortos.

—Nos dicen que quieren que pasemos por el lado de babor —explicó Thad—. Responde que entendimos.

Abigail hizo sonar otros dos pitidos cortos para avisar al transbordador.

Thad ajustó el rumbo del *Neptuno* hacia estribor. Pasaron sin contratiempos junto al transbordador.

—Lo hiciste muy bien —elogió Abigail.

Thad asintió. Temeroso de relajarse, no se atrevía a mirar a ninguna otra parte que no fuera el frente. Sin embargo, cada vez le resultaba más difícil ver, lo que lo asustaba mucho. “No te equivoques ahora”, se repetía mentalmente una y otra vez.

Thad guió al *Neptuno* frente a Battery Park en la punta de Manhattan. El mar estaba menos picado y la lluvia había cesado casi por completo, pero la neblina no se levantaba. Todo estaba húmedo y pegajoso.

—Ya estamos en el río Hudson —anunció; tenía sed a pesar de toda el agua que lo rodeaba—. No dejes de hacer sonar la sirena.

Abigail hizo lo que indicaba su hermano.

Cuando Thad se inclinó hacia delante para tratar de ver mejor, soltó un grito ahogado. Un enorme buque de hierro acababa de zarpar del muelle y avanzaba hacia a la proa del *Neptuno*.

El estómago de Thad dio un vuelco y se le revolvió.

—¡Otro capitán estúpido! —gritó Abigail—. ¡No debería hacer eso!

—¡Suenan la sirena! —apremió Thad—. De seguro, no nos han visto. Necesitamos adelantarnos.

La sirena del *Neptuno* chilló. La respuesta del buque de hierro fueron dos brucas estridencias. Thad trató de no dejarse llevar por el pánico cuando vio que el enorme buque no iba a dejar pasar al *Neptuno*.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Abigail.

Como no sabía qué responder, Thad miró hacia el frente y a la popa. No había espacio suficiente para que el *Neptuno* y el *Columbine* pasaran sin riesgos junto al gran barco. Si no se detenía, el enorme buque golpearía el *Neptuno*.

—¡Señal de emergencia! —gritó Thad; el corazón se le salía del pecho—. ¡Cuatro toques!

La sirena del *Neptuno* resonó.

—¡Señor Pordine! —gritó Thad hacia el tubo acústico—. ¡Detenga los motores!

Las ruedas de las paletas dejaron de girar. El *Neptuno* tembló. Pero llevado por su ímpetu, el barco siguió deslizándose sobre el agua.

Abigail casi se colgó de la cuerda de la sirena y la hizo chirriar.

—¡Motores en marcha atrás! —Thad gritó hacia el tubo.

El motor retumbó.

Cuando las ruedas de las paletas giraron y empezaron a dar marcha atrás, el *Neptuno* se sacudió con violencia. El agua espumosa se levantó a la altura de la timonera. Thad, con la mirada fija en el imponente buque de hierro, contuvo la respiración. Poco a poco, con muchos trabajos, el *Neptuno* detuvo su avance y comenzó a dar marcha atrás muy despacio.

El buque de hierro pasó junto al *Neptuno* y el fuerte oleaje que levantó hizo que el pequeño carguero se bamboleara como un barco de juguete.

Por un instante, Thad sintió alivio, pero en seguida se dio cuenta con horror de que el *Neptuno* había dejado de moverse, pero el *Columbine* no. ¡Por supuesto que no!

Corrió a la ventana y miró atrás. Como ya lo esperaba, el *Columbine* se les venía encima.

Thad saltó hacia el tubo acústico.

—¡Avante! —gritó—. ¡Cuatro carreras, avante!

El motor rugió como si fuera un animal herido. Las ruedas de las paletas dejaron de girar. El *Neptuno* aminoró el movimiento en retroceso. Thad contuvo la respiración hasta que las ruedas comenzaron a girar en dirección contraria, de manera tan abrupta,

que la proa del *Neptuno* se hundió. Las olas se estrellaron en la proa. Al momento siguiente, el barco se levantó y comenzó a avanzar lentamente. A pesar de todo, el *Columbine* se acercaba cada vez más.

Thad comprendió la situación. Sabiendo que tenía que cambiar de dirección, se abalanzó sobre el timón, pero no pudo moverlo. La corriente era demasiado turbulenta.

—Abigail —gritó Thad—. ¡Ayúdame!

Abigail corrió en su ayuda. Thad y Abigail apoyaron todo su peso en el timón y lograron hacerlo girar para que el *Neptuno* cambiara de dirección.

Se quitaron del paso del *Columbine* que ya tenían casi encima.

Thad corrió a la ventana.

—¡Viva! —gritó—. La sirga está tensa. ¡Nos salvamos! —el corazón le latía con tal violencia que tenía un dolor en el pecho, la garganta le dolía de tanto gritar y tenía los músculos adoloridos. Thad se permitió suspirar de alivio. Se quitó de los ojos el cabello mojado y levantó la mirada para que la lluvia refrescante le mojara la cara.

—Calma —dijo por el tubo—. Con calma, así como vamos.

—¿Qué demonios *fue* todo eso? —resonó la voz del señor Pordine.

—Estamos bien —respondió Thad, sin quitar la vista del frente.

Continuaron avanzando despacio por el río Hudson.

—¡Abigail! —gritó Thad—. ¡Las señales!

Abigail hizo sonar la sirena.

Thad entrecerró los ojos para ver a través de la neblina y alcanzó a distinguir el muelle cuarenta y dos frente a ellos. Lo conocía muy bien, era la terminal de numerosos transbordadores que tenía la forma de una U gigantesca, suficientemente ancha y profunda para que le resultara fácil virar.

Al siguiente instante, el estómago de Thad dio un vuelco. No había visto hasta el fondo del muelle. Un vapor de paletas atiborrado que recorría el río Hudson, el *Albany*, estaba zarpando del muelle y venía directo hacia ellos.

Para horror de Thad, el *Albany*, el *Neptuno* y el *Columbine* estaban a punto de estrellarse en una gigantesca colisión. Lo único que pudo pensar fue: “¿Y ahora qué *hago?*”

(Continuará.)

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi

Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo

Cipriano Cárdenas, Spanish Editor

Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.

[www.breakfastserials.com](http://www.breakfastserials.com)

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

Capítulo siete

### El muelle cuarenta y dos

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO: Mientras que el *Neptuno* maniobra en el puerto de Nueva York, repleto y azotado por la tormenta, Thaddeus se las arregla hábilmente para evitar un desastre tras otro. Pero ahora debe guiar su barco, y al averiado *Columbine* que va remolcando, y arribar a buen puerto.

Thad comprendió. *Tenía* que hacer virar al *Neptuno* y alejarlo del muelle para llevarlo en medio del río Hudson.

—¡Haz sonar con fuerza la sirena! —le gritó a Abigail.

Abigail tiró con tanta fuerza de la cuerda que ésta se rompió, aunque el sonido de la sirena se oyó con estruendo en todo el muelle.

Al mismo tiempo, Thad se lanzó sobre la rueda del timón y la hizo girar con tanto vigor que los pies se despegaron del suelo. El *Neptuno* viró bruscamente y se dirigió hacia el centro del río.

En el *Albany*, al oír el ruido de la sirena, se dieron cuenta de la cercanía del *Neptuno*. Las ruedas de las paletas giraron con un súbito impulso de velocidad. El barco viró a estribor, se alejó del *Neptuno* y avanzó por río.

Abigail miró atrás.

—El muelle está vacío.

Sólo que en ese momento, avanzaban en dirección *contraria* del muelle.

Thad tomó una decisión.

—Vamos a tener que describir un círculo completo —le dijo a Abigail—.

Avísame si el *Columbine* se acerca demasiado. ¿Puedes hacer sonar la sirena?

—La cuerda se rompió.

—¡Agárrala como puedas! Tenemos que avisar lo que vamos a hacer.

—¿Cuál es la señal?

—¡No lo sé! ¡Inventa algo!

Mientras el *Neptuno* se dirigía al centro del río, Abigail se trepó en el antepecho de la ventana y saltó, logrando asir la punta del extremo deshilachado y corto de la cuerda.

—¡La tengo! —como estaba colgada de la cuerda, la sirena sonaba sin cesar y el ruido era ensordecedor.

El *Neptuno* continuó avanzando hacia la parte media del río y Thad, completamente exhausto, gritó por el tubo acústico:

—¡Señor Pordine! Una carrera avante. Lo más despacio posible.

—Sí, señor —respondió el señor Pordine—. ¿Qué rayos sucede allá arriba? ¿Qué está pasando?

—¡Estamos bien! —gritó Thad mientras se inclinaba sobre el timón. El *Neptuno*, seguido del *Columbine*, comenzó a virar. Thad miró a su alrededor. Los barcos en el río se hacían a un lado, respondiendo al toque estruendoso de la sirena, para dejar el espacio más ancho posible para las maniobras del *Neptuno* y el *Columbine*.

Thad siguió girando el timón hasta que el *Neptuno* llegó a medio río. Cuando se convenció de que tenía espacio suficiente, giró de nuevo la rueda en dirección contraria. El *Neptuno* viró. En cuanto el *Neptuno* tomó rumbo a la cabecera del muelle, Thad enderezó el timón. “Esto”, pensó, “tiene que ser lo más difícil”.

Abigail seguía suspendida de la cuerda de la sirena.

—¿Ya puedo soltarla? —pidió, jadeante.

—No —gritó Thad—. Cuando entre en el muelle, si me detengo, el *Columbine* nos golpeará. Voy a tener que acercarme todo lo posible y luego daré un viraje brusco para quitarme del paso.

—¿Podrás hacerlo?

—Tengo que lograrlo. Sigue haciendo sonar la sirena. Tenemos que asegurarnos de que todo el mundo sepa lo que vamos a hacer.

Con Abigail aún colgada de la cuerda, la sirena siguió aullando. Mientras el *Neptuno* se acercaba cada vez más al muelle, los trabajadores lanzaban con desesperación parachoques enormes de cuerda por los pilotes de madera. Los parachoques impedían que los barcos se estrellaran en el muelle y se desguazaran.

Thad respiró profundamente, flexionó un momento los dedos acalambrados y después volvió a tomar el timón.

—¡Allá vamos! ¡Una carrera adelante! —gritó por el tubo—. ¡Lo más despacio posible!

El *Neptuno*, con el *Columbine* a remolque, empezó a moverse muy despacio entre los brazos del muelle.

La sirena continuó sonando con estridencia.

Cuando se acercaban a la cabecera del muelle, Thad gritó:

—¡Abigail! ¡Ven aquí!

Abigail soltó la cuerda, cayó a la cubierta y corrió al lado de Thad.

—¡Tenemos que girar el timón lo más fuerte y rápido posible! Cuando te lo indique, trabaja conmigo.

El *Neptuno* se acercaba cada vez más y Thad sujetó la rueda con tanta fuerza que los músculos le temblaron. Abigail puso las manos en el timón también. El corazón se le salía del pecho a Thad. *¡No podemos estrellarnos!*

Cada vez estaban más cerca.

—En sus marcas... listos... —susurró Thad.

A unos quince metros de la cabecera del muelle, gritó:

—*¡Gira!* —se apoyó con todas sus fuerzas en el timón. Abigail le ayudó a hacerlo girar. La rueda se movía con muchos trabajos.

El *Neptuno* cabeceaba y se bamboleaba, pero describió una curva muy cerrada a babor, casi una vuelta en U, en la que la borda de estribor rozó apenas los pilotes del muelle.

—¡Perfecto! —gritó Thad—. ¡Detengan los motores!

—¡Señor Pordine! —gritó Abigail a su vez—. ¡Detenga los motores!

Los motores se estremecieron, se detuvieron, dieron marcha atrás brevemente, cambiaron de dirección una vez más y luego se detuvieron por completo. El *Neptuno* se bamboleó con suavidad de un lado a otro. El agua del río estaba espumosa y agitada.

Thad saltó a la ventana y vio que el *Columbine* avanzaba deslizándose, pero libró el *Neptuno* por apenas unos metros. Con suavidad, el barco averiado llegó a la cabecera del puerto, golpeó los parachoques... y se detuvo.

Thad cerró los ojos. Todo había terminado. Nunca se había sentido tan débil en su vida. El sonido de las olas al romper le llenó los oídos. Estaba seguro de que no podría volver a moverse jamás.

Lo siguiente que notó fue que Abigail lo estaba abrazando.

—¡Viva! ¡Lo lograste! —oyeron los vítores que venían del *Columbine* y de los trabajadores del muelle.

—¡Thad! —llamó el señor Pordine por el tubo—. ¿Todo está bien?

—Sí, señor Pordine —susurró Thad—. Todo está muy bien.

—¡Señor Oliver! —llamó una voz conocida. Era la del capitán Bates. Iba subiendo por la escalerilla a la timonera—. ¡Excelente trabajo, señor Oliver! ¡Maravilloso! Verdaderamente...

En cuanto entró en la cabina, se detuvo en seco.

—¿Dónde rayos está el señor Oliver?

—Se enfermó y tuvo que bajar —explicó Thad.

—¿Bajó? —el rostro de Pa se puso muy pálido—. ¿Cuándo?

—Inmediatamente después de que empezamos a remolcar al *Columbine*.

Por un momento, el capitán Bates se quedó mudo. La incredulidad se reflejaba en la cara.

—¿Me estás diciendo que ustedes dos...?

—Fue Thad —corrigió Abigail.

—¿Thad estaba al mando del timón? —preguntó el capitán Bates—. ¿Todo el tiempo?

Thad, que sentía una mezcla de alivio, orgullo y preocupación, acertó a preguntar:

—¿Lo hice bien?

(Continuará.)

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi

Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo

Cipriano Cárdenas, Spanish Editor

Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.

[www.breakfastserials.com](http://www.breakfastserials.com)

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.

Newspaper shall publish in each installment of the Work, immediately under the title of the Work, the phrase “a breakfast serials story”. Newspaper may use the BREAKFAST SERIALS logo to be supplied by Breakfast Serials in digital format.

*a breakfast serials story*

## Tormenta repentina

Escrita por Avi

Ilustrada por Lauren Castillo

Capítulo ocho  
**¿Lo hice bien?**

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO: Thaddeus, de catorce años, y su hermana menor, Abigail, se las han ingeniado para llevar al *Neptuno* a su destino final y salvar el averiado *Columbine*. Lo hicieron sin permiso del capitán Bates, su padre. ¿Cómo reaccionará el capitán?

—¿Preguntas que si lo hiciste bien? —gritó el padre de Thad—. ¡Fue extraordinario!

Fue... ¿Dónde está Oliver?

—Bajó —respondió Abigail.

—Pa —dijo Thad—, ¿puedo bajar a tierra un momento? Me están temblando las piernas.

—Y estamos empapados —añadió Abigail.

El capitán Bates, que no podía quitarle la mirada de encima a su hijo, sacó algunas monedas del bolsillo.

—Tranquilízate —aconsejó—. Tómate tu tiempo. Vayan a comprarse algo caliente.

Al cabo de dos horas, cuando Thad y Abigail salieron del Hudson Street Cafe, Thad levantó la vista. El cielo estaba despejado. El Sol brillaba y empezaba a calentar.

Casi se habían secado por completo. Una sidra caliente y humeante con pan de maíz había logrado reanimarlos.

Hermano y hermana caminaron de regreso a los muelles. Sin importar hacia dónde mirara Thad, veía asomar proas y popas de barcos por todas partes. Los mástiles altos llenaban el paisaje. Velas blancas y marrones colgaban flácidas de los astilleros, secándose al Sol. Las chimeneas de los barcos de vapor despedían columnas de humo. Se realizaban maniobras de carga y descarga y se veía mucho movimiento en los muelles atiborrados como de costumbre.

En cuanto Thad y Abigail aparecieron frente al *Neptuno*, la sirena emitió un largo sonido.

—Creo que Pa quiere que nos demos prisa —dijo Abigail.

Los dos subieron corriendo por la pasarela de embarque. Cuando pusieron pie en el barco, encontraron a su padre esperándolos. Lo mismo que el señor Oliver, que parecía sentirse mucho mejor de salud. Ahí estaba también el señor Pordine y una docena de marineros más.

Cuando Thad pisó la cubierta del *Neptuno*, el capitán Bates gritó:

—¡Atención!

Los marineros se pusieron en posición de firmes.

—Bienvenidos a bordo —dijo con una sonrisa el capitán Bates—. Las tripulaciones del *Neptuno* y el *Columbine* han estado esperándolos.

Los hombres hicieron el saludo formal.

—Abigail —continuó el capitán—, te nombro nueva tercera oficial del *Neptuno* —Abigail sonrió mientras su padre le estrechaba solemnemente la mano.

En seguida, el capitán Bates se volvió hacia Thad y también le estrechó la mano.

—En cuanto a ti, Thad, tú también tienes un nuevo rango: a partir de hoy serás el segundo oficial de a bordo.

Los hombres vitorearon.

—¡Viva la tercera oficial Abigail! —y gritaron todavía más fuerte—: ¡Viva el segundo oficial Thad!

El señor Oliver dio un paso al frente.

—Con todo respecto, capitán, supongo que puede añadir algo al nuevo rango.

El capitán Bates frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene en mente?

—Sus hijos son muy inteligentes. Tienen cabeza para el estudio. Me parece que podría decirles que también tienen cabeza para ser marinos.

—Señor Oliver —respondió el capitán—, tiene usted toda la razón —se volvió hacia Thad y Abigail y les dijo—: De un viejo lobo de mar a dos marinos nuevos, ¡los saludo! —e hizo el saludo.

Los hombres vitorearon.

El regreso del *Neptuno* a Old Port se desarrolló sin contratiempos. Los motores aceleraron. Las ruedas de las paletas giraron. Abajo en la cocina, Thad bebía una taza de té y Abigail se hallaba sentada frente a él. Thad se sentía de feliz de que eso fuera todo lo que tenía que hacer.

—Oye, Thad —dijo Abigail—. ¿En qué estás pensando?

—No lo sé con exactitud —repuso Thad.

—¿De verdad vas a ser capitán?

Thad levantó la vista de la mesa y sonrió.

—No sé lo que voy a hacer. En realidad, aún no lo sé. Pero lo que estaba pensando era que, tal vez, soy capaz de intentar todo.

Newspaper shall publish the following credit line in each installment of the work:

Text copyright © 2006 Avi  
 Illustrations copyright © 2006 Lauren Castillo  
 Cipriano Cárdenas, Spanish Editor  
 Reprinted by permission of Breakfast Serials, Inc.  
[www.breakfastserials.com](http://www.breakfastserials.com)

As per your contract, please suppress content from electronic conversion of any kind.